

Proyecto Infinity - Prólogo

Aday Sepúlveda Henríquez



Capítulo 1

Prólogo

«Solía ser un lugar tranquilo», pensó Blake mientras intentaba concentrarse en el sonido de las olas rompiendo contra los imponentes acantilados. Cada día le costaba más escucharlo. Los gritos de los niños ahogaban el graznido de las gaviotas que se posaban con delicadeza en la arena momentos antes de que tuvieran que remontar el vuelo, asustadas por el gentío. Ya no era un lugar para ellas, aunque antaño lo fuera.

La humanidad había sufrido una crisis de fertilidad como nunca antes en su historia. La tasa de natalidad decaía con el paso de los años y nadie sabía el motivo. Llegó un momento en el que pasaban semanas hasta que algún niño naciera. Poco a poco, el ser humano se condenaba a una última generación. Por aquel entonces, Blake observaba con una paz infinita cómo el resto de vida se hacía sitio dónde antes no podía. Con el descenso de la población, las grandes ciudades fueron quedando desiertas y la gente empezó a convivir en núcleos reducidos. La vegetación invadió las calles y la fauna empezó a poblar cada rincón del planeta. Las semanas sin nacimientos se convirtieron en años, pero un día sucedió el milagro. Una pareja de un pequeño pueblo de la costa francesa tuvo un hijo. Lo llamaron Blake, en honor a aquel que decía haber solucionado la crisis de fertilidad.

«Sí que lo era...», se decía estando tumbado a la orilla del mar, mirando al cielo con los ojos cerrados. Por un instante Blake escuchó el silencio, pero desapareció como el espejismo que ve un hombre sediento en el desierto.

—Señor, por favor, ¿podría pasármela? —preguntó un niño acercándose a Blake con cautela.

La pelota había quedado a escasos centímetros de su rostro, pero Blake no movió un músculo. El niño, ante la falta de respuesta, se acercó con decisión. En el momento que puso una mano encima del balón, Blake abrió los ojos y agarró la mano del niño.

—Lo siento, señor —dijo el muchacho, asustado—. Pensé que estaba durmiendo.

—No te preocupes, yo creía lo mismo —contestó Blake—. ¿Alguna vez has tenido un sueño estando despierto?

—No... no lo sé señor, creo que no —respondió el niño con su mirada

puesta en la pelota—. ¿Podría... podría coger mi pelota, por favor?

—Si es tuya, no veo por qué no —dijo Blake esbozando una tímida sonrisa—. Y perdona por agarrarte así. Un mecanismo de defensa, supongo.

Por primera vez la vista del joven se centró en la cara de Blake. De repente, la pelota había dejado de tener importancia.

—Yo... yo le conozco —dijo el niño con la voz entrecortada—. ¿De verdad es usted? ¿O solo alguien que se le parece?

Blake sonrió.

—Dime chaval, ¿cómo te llamas? —preguntó Blake—. Y puedes pasar del "usted". No soy tan viejo como parece.

—Luke, me llamo Luke.

Ese nombre transportó a Blake a su pasado. De alguna manera, estaba ligado a él, pero había olvidado el porqué.

—Encantado de conocerte, Luke —respondió—. Yo me llamo Blake.

—¡Entonces sí que es usted!... quiero decir... ¡eres tú! —dijo Luke con evidente entusiasmo—. No puedo creer que te haya conocido. Mi abuelo siempre me recuerda que gracias a ti yo pude nacer. Él te llama "el Padre de todos".

—Tus padres son tus padres, no yo —contestó Blake—. Aunque supongo que algo tuve que ver.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Luke.

—Simplemente llegó el día en el que supe qué hacer —respondió Blake—. Antes de eso todo es confuso, y cuando me duermo cada noche es como si volviese a ese oscuro instante.

—Solo son sueños —dijo Luke, quitándole importancia.

—Tal vez —respondió Blake—. ¿Alguna vez has soñado contigo mismo?

Por un instante se hizo el silencio entre ambos. Blake podía notar el esfuerzo de Luke intentando recordar algún sueño en el que se hubiera visto a sí mismo.

—A veces sueño que caigo al vacío, o que alguien me dispara, pero después me despierto y estoy bien —dijo Luke, pensativo—. Pero no...

creo que nunca me he visto a mí mismo. ¿Acaso tú sí?

Blake asintió con la cabeza.

—Me ocurre a menudo —afirmó—. Solo que me noto diferente... como si no fuera yo.

Hacía tiempo que los sueños inquietaban a Blake. Se repetían noche tras noche, como un bucle que nunca acaba. Comenzaba con él sentado en una silla de oficina, y cuando abría los ojos se encontraba en el centro de un cuarto de cuatro paredes que formaban un cuadrado perfecto. El color negro que las cubría tenía matices grises, los suficientes como para distinguir que se trataba de una habitación y no del absoluto vacío. A continuación, la pared frente a él comenzaba a aclararse hasta el punto de emitir reflejo. Cuando se levantaba de la silla, la figura que veía permanecía sentada, impasible. Blake observaba una copia idéntica suya, pero tenía la certeza de que era otra persona. El miedo lo paralizaba. Pero en ese instante el reflejo se levantaba, giraba sobre sí mismo y se adentraba en una luz cegadora. Confuso, Blake daba media vuelta y entonces la silla donde antes estaba sentado ya no era una, sino dos. Dos extraños estaban sentados en ellas.

«Recuerda quien eres»

Y de repente, la oscuridad absoluta. Volvía a estar sentado en la silla, como al principio. Entonces abría los ojos y estaba despierto.

—Me ha gustado hablar contigo —dijo Blake mientras observaba el rostro desconcertado de Luke—. Tus amigos deben de estar hartos de esperarte. Deberías volver con ellos.

—Esos no son mis amigos —dijo Luke, frunciendo el ceño—. Si me cayera de lo alto de ese precipicio junto a mi pelota...

—¿Qué? —preguntó Blake.

—Pues que primero salvarían la pelota.

Blake y Luke cruzaron una sonrisa de complicidad.

—Tengo que marcharme —dijo Blake.

—¿Volveré a verte alguna vez? —preguntó Luke, cuyo rostro reflejaba

tristeza ante la inminente despedida.

—No, no lo creo —dijo Blake—. Este ya no es lugar para mí. Desplegaré mis alas y volaré tan lejos como pueda. O al menos tan lejos como fuerte sople el viento.

—¿De verdad vas a salir volando? —preguntó Luke, crédulo.

Blake soltó una carcajada.

—No te lo tomes al pie de la letra —dijo Blake—. Pero... entre tú y yo... si corres lo suficientemente rápido, parecerá que lo haces.

Blake revolvió el pelo del muchacho antes de darse la vuelta y alejarse. Sus perezosos pasos iniciales se convirtieron en amplias zancadas que rápidamente le hicieron ganar velocidad, una muy por encima de lo previsible en alguien de su edad.

—¡Ahora este es tu mundo Luke! —gritó Blake—. ¡No nos defraudes!

Blake se dirigió a los imponentes acantilados, donde escaló hasta el punto accesible más alto. El viento transportaba hasta sus mejillas las gotas de agua provenientes del impacto de las olas. Habría deseado que fueran lágrimas. La gente lo consideraba un héroe, un dios. Y sin embargo solo sentía resentimiento, culpa... dolor.

«Me llaman héroe», se decía. «Pero entonces, ¿por qué siento que he traicionado a todo aquello que creía? ¿Qué clase de dios renegaría de su propio acto divino?».

Blake miró hacia abajo y observó las puntiagudas rocas a sus pies antes de volver a centrar la vista. Entonces, cerró los ojos y llegó a la habitación de cuatro paredes negras. El sueño se repetía, pero esta vez no se levantó de la silla. Se quedó mirando a su extraño yo, impertérrito. Ya no tenía miedo... y entonces, su reflejo se desvaneció.

—Te he encontrado, al fin —dijo Blake.

—Y yo a ti —se respondió—. ¿Terminamos con esto?

—No podemos no hacerlo. Él lo quiso así.

Blake se levantó de la silla y avanzó hacia la pared resplandeciente. Cuanto más se acercaba, mejor distinguía el reflejo que mostraba. Aquellos extraños del final de sus sueños se encontraban ahora frente a él. Cuando atravesó la pared, pudo sentir la fuerza de la gravedad en sus entrañas. Abrió los ojos, pero ya no podía despertar. Por fin había

encontrado la paz.